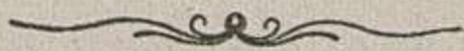


LA VOZ DE LA CARIDAD.



NUM. 129.—15 de Julio de 1875.

*Dios es caridad. (San Juan
Epíst. I, 4, 8.)*

EN NOMBRE DE LOS POBRES, A.....

Doña T. C. Se aplicaron los 20 rs. á una gran necesidad: que usted no vuelva á verse en ella, ya que parte con los pobres las primicias de su relativa prosperidad.

EN NOMBRE DE LOS HERIDOS.

Muchas, muchísimas y muy sentidas gracias á:

La Señora Doña María P. de Minuesa y demás Señoras de su tertulia, por las muchas y buenas hilas que han enviado.

La Sra. Doña M. de S. y sus amigas y parientas, por las hilas.

La Sra. Doña E. M. de R. y sus hijas, por las hilas que hacen siempre, á pesar de tener poco tiempo.

La Sra. de T. y su amiga María, por las hilas, arreglo de otras y costura de vendajes.

La Sra. Doña C. M. de J. y sus amigas, por su incansable celo, que deja las ocupaciones de su casa, por venir en auxilio de los pobres heridos.

La Sra. Doña I. G. de H, por sus muchos y buenos trapos.

La Sra. Doña P. A. de J., por sus muchos y buenos trapos.

Al inocente y caritativo niño, que callando modestamente su nombre, ha remitido las hilas hechas sin duda en momentos robados á sus infantiles distracciones.

Dios les pague á todos su caridad.

CARTA A FERNANFLOR.

Muy Señor mio y de toda mi consideracion: Dirijirse por escrito á persona que no se conoce, he notado que suele ser una gran tontería, una gran desvergüenza ó una gran necesidad: el último motivo es el que pone hoy la pluma en esta mano, que ha escrito muchas cartas que no se han leído, ó que se han leído inutilmente, y algunas dirijidas á personas que resultaron ser imaginarias, de esas que uno sueña cuando necesita auxiliares para aliviar algun dolor terrible.

Esta vez al menos (y esto es ya para mí una gran ventaja), me dirijo á un sér real, á un hombre de carne y hueso, que está en Madrid, á no dudarlo; que lee, y escribe, y piensa, y siente, á juzgar por algunas frases que no parece posible que puedan salir mas que del corazon. Creyendo que usted lo tiene, á él me dirijo.

Imagine usted una pobre mujer débil,

«Por la desgracia y por la edad cansada.»

Esa soy yo, que compadece un gran infortunio, y para consolarle, pide y halla auxilio en un hombre mas poderoso que ella; este es usted, al menos así lo creo.

Vamós al caso, triste, que diré brevemente.

LA VOZ DE LA CARIDAD ya sabe usted quién es: desde que empezó la guerra está pidiendo, y recibiendo y enviando á los heridos, hilas, trapos, vendajes, etc. De algun tiempo á esta parte recoge poco, por mas que se esfuerza y clama, y hasta se irrita. Lo que siente y lo que sufre, cuando le dicen de un hospital *falta todo*, y no puede enviar nada, mas es para llorado que para dicho. Como tiene un número muy corto de lectores, como están dando hace años, tal vez no tienen ya qué dar; y creyéndolo así, me ha ocurrido dirijirme á usted, Señor Fernanflor, á usted, que en el *Imparcial* tiene miles de lectores. Pídale usted con algunas palabras sentidas, que sin duda la compasion le inspirará, pídale socorro para los pobres heridos; dígales que en muchas partes carecen de todo; dígales que es dolor y es vergüenza que, sabiéndolo, no acudan las mujeres en su auxilio. Hilas y trapos es lo que hace mas falta en la Redaccion de LA VOZ DE LA CARIDAD, Reyes, 20, 2.º derecha; se reciben efectos sanitarios, y se paga el porte de los que vengan de provincias.

Usted, Sr. Fernanflor, que aplica su fuerza á la poderosa palanca de una gran publicidad, empléela en una buena obra, y aparte, cuan-

to esté en su mano, de la patria culpable, la maldición del herido que no recibe un vendaje para restañar la sangre que por ella derrama.

Si así lo hiciese, que Dios se lo tenga en cuenta, como se la agradecerá su atenta servidora,

Q. S. M. B.,

Concepcion Arenal.

ENSEÑANZAS DE UNA YERBECILLA.

Nada, al parecer, mas vulgar, mas despreciable; nada mas ínfimo en el orden de los objetos que forman el mundo físico, que esas yerbecillas que parece brotan espontáneamente, en cuanto se reúne un puñado de tierra y recibe esta algunas gotas de agua.

En las márgenes de los caminos, en las riberas de los ríos, en las calles y plazas de poco tránsito, en las grietas de los edificios, en estando al aire libre y habiendo unos cuantos granos de tierra, de ella brota un pequeño tallo que da hojas, quizá flor, y forma luego esa verde alfombra natural, que embellece los sitios donde no penetra el pie del hombre para aplastar esa naciente vejetación.

En nuestra misma imponente catedral de Sevilla; en aquel poema escrito en piedra á la grandeza de Dios y al culto religioso; en medio de su gótica y severa arquitectura; en los basamentos de sus columnas; en sus cúpulas atrevidas; en sus bellos calados de piedra, y hasta en las famosas y prosáicas *gradas* que rodean el edificio, brotan yerbecillas por todas partes, cual sombras de bello colorido, para interrumpir la monotonía del cuadro y dar mas tinte de vejez al viejo templo católico.

La catedral es un monumento grandioso; la yerbecilla de sus gradas es un objeto de completa insignificancia: lo primero se contempla con respeto y admiración; lo segundo se mira, si se mira, con perfecto desden, y se pisa y destruye con la mas completa indiferencia. Y sin embargo, la catedral es obra imperfecta del hombre; la yerbecilla es obra perfecta de Dios. Hay, pues, insensatez chocante en llamar grande á lo pequeño y pequeño á lo sublime.

En el inmenso reino vejetal, especialmente del país civilizado, aunque siempre es la tierra el laboratorio misterioso donde se opera la germinación de la planta, suele ayudar la mano inteligente del hombre, cultivador de flores que le recrean, labrador de cereales que le alimentan, plantador de árboles que le dan sombra, fruto y

madera. Pero en la yerbecilla del prado, del camino ó de la grieta, no puede ostentar el hombre participacion alguna creadora.

¿Es, pues, vejetacion espontánea? Así se dice vulgarmente: ese nombre se le da por el afan que tenemos de definirlo todo, cual médico ignorante que siempre dice conocer la enfermedad que se le consulta. ¡Espontánea!.... ¡Como si pudiera hallarse algo verdaderamente espontáneo en la naturaleza!.... ¡Como si no fuera mas difícil el comprender esa supuesta espontaneidad, que lo es el sentir y conocer una Providencia omnipotente y creadora, que dirige y sostiene el movimiento visible é invisible de todo lo creado!....

Esa yerbecilla tan desdeñada, es uno de los prodigios de la creacion, como lo es el cedro, que vive siglos. En las junturas de una piedra labrada, ó en las sinuosidades de una roca salvaje, no hay, al parecer, tierra ni mano que cultive ese pequeño vejetal; y allí, sin embargo, nace y vive. ¿Cómo se verifica esto?

Ráfagas de viento llevaron átomos impalpables de polvo terroso que, acumulados en un punto, formaron lecho de tierra; gotas de lluvia lo humedecieron y dieron consistencia; las mismas ráfagas, hecho ya el campo, tomaron de otros vecinos ó cercanos nuevo polvo vegetal, que depositaron en él, y fué simiente que germinó, para dar luego formado el tallo y la hoja de la planta silvestre.

Nadie la mira apenas; nadie la aprecia: se pisa con desden ó se arranca, para que no desluzca la perspectiva de una piedra labrada. ¡Qué error y qué contrasentido! Buscando belleza, se destruye lo bello; admirando una obra limitada del hombre, se desprecia una obra prodigiosa de creacion divina.

Vemos una atmósfera limpia y serena, animada tan solo por un céfiro suave, y decimos: «¡Qué aire tan puro!»

Pues bien, nada tiene de puro; nuestra vista, imperfecta y limitada, no nos deja distinguir mas que un exterior engañoso: bajo aquel suave cefirillo hay una nube invisible de moléculas impalpables de tierra y de simiente, que pueblan el aire, para ir á formar los prados salvajes, los jardines improvisados en altos chapiteles, ó en el pavimento mismo de las calles. Lo que nos parece atmósfera pura es, cual máquina de impulsión, superior á toda la maquinaria conocida, un gran absorbente de átomos de tierra y de moléculas vegetales, que aquí toma y allí deja, produciendo un continuo movimiento fecundizador.

Nosotros no conocemos el objeto útil de esa vejetacion ambulante y de ese trabajo cultivador del aire; pero que hay objeto, es indudable, como le hay en todo lo creado. Insensata es nuestra presuncion cuando, porque sabemos un poco de las leyes que rigen el

mundo físico, pretendemos negar lo que no conocemos, ó queremos explicar lo que Dios ha puesto fuera del alcance de nuestra limitada inteligencia.

Pero, si no vemos el objeto material que esa pobre yerbecilla está llamada á desempeñar en la espléndida obra de la creacion, podemos, sí, ver en ella objetos de enseñanza moral para nosotros. Basta saberlos buscar con los ojos de la fe y de la razon.

Puesto que la yerbecilla es un objeto de creacion divina, que los hombres, aunque lleguen al apogeo de los progresos científicos, jamás sabrán ni comprender ni imitar, ella nos revela con muda elocuencia y con lógica irrefragable la existencia de un Creador omnipotente. La yerbecilla, pues, nos enseña á creer en la existencia de Dios.

Puesto que ha ocupado la accion creadora en su formacion y la vigilancia providencial en su mantenimiento, debemos ver en esto una prueba de que, quien cuida de una materia tan perecedera, no puede tener en abandono al hombre, que posee una alma inmortal, superior á toda materia. La yerbecilla nos enseña con esto, que el pobre y el infeliz, por desamparados que se crean, nunca lo están de Dios.

Puesto que esa creacion y ese mantenimiento en la existencia vegetal son un misterio superior á nuestra presuntuosa ambicion de querer saberlo todo, en ello debemos ver una prueba de cuánta es nuestra pequeñez y cuán insensato nuestro orgullo. La yerbecilla nos enseña á ser modestos y humildes.

Puesto que forma parte de la armonía grandiosa del Universo, en la cual cada objeto creado responde á los fines del Criador, esto nos dice de una manera elocuente que aquí nada hay fuera de su lugar; nada es esencialmente injusto; que lo que Dios ha hecho está bien hecho; que todos, espíritu y materia, estamos sometidos á Él, el cual, como Sabiduría suprema, sabe lo que á cada uno conviene. La yerbecilla nos enseña la resignacion.

Y finalmente, puesto que es una muestra tan palpable de cómo la Providencia sostiene y cuida las cosas mas pequeñas, ya que á tanto aspiramos y que tanto creemos valer, debemos cifrar nuestro orgullo, en la parte en que este puede ser lícito, en imitar en lo posible, dentro de nuestra pequeñez, á esa Providencia divina, procurando nosotros ser algo de providencia humana para con los pobres y las personas que sufran. *La yerbecilla nos enseña á ejercer la caridad.*

Antonio Guerola.

Sevilla 5 Julio 1875.

DESGRACIA Y COMPASION.

¡Pobre Francia! Abriéronse sobre ti las cataratas del cielo, y tu tierra quedó desolada.

Tus pueblos, socavados en sus cimientos, se derrumbaron, sepultando á sus míseros moradores.

Tus campos mas floridos están cubiertos de ruinas; y cuando el sol sale, brilla sobre una inmensa tumba.

Los hombres piadosos que quieren dar á tus muertos hijos sepultura, la encuentran tal vez bajo esos muros, que parecen no haber quedado en pie, sino para que tenga la abnegacion la palma del martirio.

Padres, hijos, esposos, hermanos, todos sucumben, dándose el postrer horrible abrazo en la comun agonía. Los fuertes y los débiles caen igualmente; el hombre no puede proteger al niño, ni la madre morir para salvar al hijo de sus entrañas.

Las aguas, como mónstruos gigantescos, parecen tener vida poderosa, voluntad para el mal, pasiones feroces é implacables, y con sus inmensos brazos ahogan las víctimas, y con sus voces rugientes cubren sus ayes postreros.

Mil veces mas dignos de compasion que los muertos, son los ausentes, que corren á esa comarca por donde pasó el Angel esterminador, y miran y no reconocen su país natal; y buscan, y no hallan la casa donde nacieron; y preguntan, y nadie les dice dónde están los amados de su corazon, ni siquiera sus tumbas.....

¡Pobre Francia! En breve tiempo has sido visitada por infortunios inmensos, y la tribulacion ha derramado sobre ti la copa de su hiel.

Consuélate: en medio de la desventura has visto la virtud de tus buenos hijos elevarse sobre aquel abismo de dolores, y á tus mártires de la caridad hacer brillar su divina aureola sobre aquel cuadro sombrío:

Consuélate: ni el remordimiento ni el oprobio van con tu fúnebre carro; y con acciones nobles, heróicas, honras la memoria de tus muertos.

Consuélate: las naciones no ven tu dolor con indiferencia; todas toman parte en él y te compadecen; todas dicen *¡Pobre Francia!* y todas acuden á ti y te prestan auxilio.

¡Todas! ¡Ay! No. España no te socorre: la mísera, mas que tú

necesita socorro. Sus campos se inundan tambien, sus hijos mueren; tú has visto los rios desbordados, ella las pasiones feroces.

El cielo se serena, las aguas vuelven á su cáuce; pero la ira del español fraticida no se aplaca, y sigue cubriendo la patria de lágrimas, de ruinas y de sangre.

Tú ves á los tuyos que acuden todos á consolarte; España es afligida por aquellos á quienes dió el sér.

Tú ves que el infortunio que te aflige arranca lágrimas de todos los ojos; España ve, ¡qué horror! cómo sus hijos se rien del llanto de sus hermanos, creciendo su alegría á medida de la gravedad de la pena que los abrumba.

Tú ves correr á tus comarcas assoladas los moradores de aquellas dichosas, con el corazon lleno de ternura y las manos de presentes; España no tiene comarca próspera, y de todas corren con el corazon lleno de ira y las manos de armas homicidas, dándose plácemes impíos, cuando llevan á cabo la obra de destruccion.

Tú ves cómo las naciones se compadecen de ti y te envian auxilios; España inspira desden ó cólera, y los presentes de los extranjeros son armas destructoras.

Tú ves el consolador progreso de la humanidad en las simpatías de todos los pueblos; ves cómo la caridad va haciendo desaparecer las fronteras; ves que en cualquier lengua que se exhale los ayes de dolor, hallan eco en las entrañas del género humano; España piensa á veces que no tiene hijos dentro ni hermanos fuera, y duda, acongojada de la consoladora ley del amor y del humano adelanto.

Por eso, Francia infeliz, no lo eres tanto como España; por eso debes perdonarle que no corra en tu auxilio y vea tu inmenso infortunio como una mujer compasiva, que no mira ningun dolor con indiferencia, pero tan atribulada, que ya no tiene que dar mas que lágrimas.

Concepcion Arenal.

EJEMPLO MERITORIO DE CARIDAD.

En el núm. 127 de esta *Revista*, y bajo el epígrafe de *Publicidad que conviene*, hablamos en general de la conveniencia que hay en que ciertas instituciones de beneficencia sean de todos conocidas, como estímulo para imitarlas, y como medio de que se rectifiquen algunas preocupaciones de los que consideran siempre al rico indiferente y al pobre abandonado.

Pero, si esto es conveniente, tratándose del proceder generoso de personas ricas, lo es tambien, y mas admirable, cuando se trata de pobres, en el sentido lato de esta palabra, que trabajan en beneficio de otros pobres. En este punto, sí que hay *Misterios de Paris*, de *Madrid* y de otras grandes poblaciones, que importa salgan de la oscuridad del misterio y tengan una útil y justa publicidad.

Sevilla tambien los tiene. No toda su beneficencia consiste en su magnífico *Hospital de la Sangre*, en su antiquísima *Hermandad de la Caridad* y en otras instituciones que encierran tesoros de cristiano amor al prójimo: hay tambien caridad modesta, oculta, que no tiene fama que la pregone ni aparato que la recomiende, pero que, obrando en una esfera limitada, revela sentimientos de abnegacion, poco conocidos y nunca bastante apreciados. No se trata ya de personas ricas ó de clase acomodada, que consagran á los pobres el sobrante de sus recursos, sino de pobres que, en vez de buscar para sí, buscan para otros, y amparan á débiles criaturas, cual si tuviesen riquezas abundantes de que disponer.

Así sucede con una pobre mujer (cuyo nombre reservamos), que es verdaderamente extraordinaria en materia de fervor caritativo. Joven aún, soltera, huérfana, habiendo recibido una educacion bastante esmerada, teniendo por única renta una corta pensión, ha buscado en el cuidado y educacion de niñas pobres, una nueva familia que le da el cariñoso nombre de madre, y una ocupacion utilísima que satisfaga su ardiente caridad.

Contando esa mujer como base con la fe en la Providencia divina, y como recursos con los de su inteligencia y su laboriosidad, tuvo la feliz inspiracion de constituir su casa en un establecimiento privado, que tiene tanto de colegio, como de asilo de beneficencia. Allí ha recogido 28 niñas de las mas miserables y abandonadas, á las cuales mantiene, viste, educa é instruye gratuitamente (pues tan solo dos le pagan una corta pensión). Esa educacion es verdaderamente la de una madre afectuosa y cristiana, pues, no solo da á las niñas toda la instruccion que pueden necesitar para su vida ulterior en el mundo, sino que les inspira una cosa mejor, que son sentimientos religiosos, hábitos de trabajo, moralizacion en todo, inclinaciones virtuosas y dulzura de carácter.

Hé aquí, pues, 28 criaturas rescatadas probablemente á la miseria y al vicio, que suele ser su consecuencia, y convertidas en niñas bien educadas hoy, para ser con el tiempo honradas y útiles jóvenes.

Aquella ansiosa mujer no se arredra por no tener recursos fijos; cuando le faltan, no se desdeña de convertirse en mendiga para mantener á otras pobres, y pide socorros á personas que la conocen,

aunque tambien los recibe sin pedir, porque es justamente apreciada de muchas distinguidas familias sevillanas.

Su pequeño establecimiento progresa tan visiblemente, que ocupa una casa espaciosa; y no solo tiene ya salas de costura, donde las niñas cosen y bordan con bastante perfeccion, dormitorios aseados y escuelas donde aprenden á leer y escribir, sino que ya se trata de hacer un oratorio para las prácticas religiosas. Ver todo aquello, ver aquellos grupos de niñas alegres, felices, aseadas y laboriosas, debido todo al celo fervoroso de una sola mujer, es un espectáculo que conmueve y que consuela. Si en una aldea de Bretaña brotó la idea generosa de unas jóvenes que se constituyeron en la obligacion de cuidar viejos pidiendo limosna para ellos, lo cual ha sido el origen de esa excelente institucion de las *Hermanitas de los pobres*, último apoyo de caridad para los que se van ya de este mundo; en Sevilla una sola mujer inicia y ejecuta el pensamiento generoso de constituirse en protectora de las criaturas que empiezan á vivir; y como no tiene que darles mas que los tesoros de su celo caritativo, no se desdeña en pedir para sus infantiles asiladas. ¡Bendita la que así pide! ¡Benditos los que dan para tan santa y sencilla obra!

Antonio Guerola.

Sevilla 5 julio 1875.

EL CORAZON Y LA CABEZA.

I.

¿Es el corazon superior á la cabeza? ¿Ejercitando el pensamiento en el estudio, pierden, particularmente las mujeres, esa ternura, esa delicadeza de sentimientos que las distinguen?

Cuestion es esta que se propone varias veces, hasta en las conversaciones mas familiares, pero que rara vez se resuelve con acierto; y como yo no sería sino un voto mas en pró ó en contra de la opinion mas generalmente admitida, contestaré á ella con ejemplos que han pasado ante mi vista, y me han persuadido de que no se debe confiar en los impulsos del corazon, por mas nobles y espontáneos que parezcan, cuando la cabeza no los dirige y gobierna. Se dice vulgarmente: «Para hallar ingratos, haced beneficios.» Y por desgracia este adagio es tan cierto, que vemos que la ternura irreflexiva, aun la de las madres, que son el verdadero tipo de este sentimiento, produce en sus hijos, no un sentimiento semejante, sino, la mayor parte de las veces, un egoismo frio y hasta cruel.

Figuraos uno de esos dramas que pasan en Madrid casi diariamente. Subamos á una miserable vivienda, donde se agrupan dos ó mas familias, que no están unidas por lazo alguno de clase, de educacion ó simpatía, sino por el buen deseo de economizar algun dinero para comprar pan á sus hijos. Entre estos desdichados se distinguen por su finura, y diremos casi por su elegancia, si se puede ser elegante con harapos, una joven viuda y su hija, niña encantadora, que apenas ha comprendido la falta de su padre, porque su madre, con la delicadeza instintiva de un corazon amante, guarda para sí sola sus dolores, y rodea á su hija de una comodidad y un lujo grandes relativamente á su situacion. ¡Cuántas veces por darle un juguete, que la niña ansiaba, ha pasado ella sin una medicina precisa para su quebrantada salud! ¡Y quién se atreveria á culparla si con esta irreflexion solo á ella se hiciera desgraciada? Pero no se puede faltar á un deber sin que de esta falta resulte una cadena de males, que nos rodea y sujeta á nuestro paso por este triste mundo.

Pasaron algunos años, la niña era ya una jóven, y encontraba lo mas natural del mundo que su madre careciese de todo porque á ella no le faltase nada. Era hermosa, estaba adornada de esas habilidades y gracias que tan simpáticas son á primera vista. Amable y fina con las personas estrañas, cuando á la vuelta de un baile ó de un paseo, la fatiga, el desencanto ó el dolor de la presente miseria, terrible contraste con sus aspiraciones, nublaba su tersa y despejada frente, cuando su madre, sobresaltada por su aspecto, le preguntaba si tenia algun mal ó algun nuevo sentimiento, entonces el ángel se convertía en demonio, y horrorizaba el acento frio y altanero con que le contestaba. ¡Pobre madre, que habia olvidado que el primer deber suyo era hacer á su hija buena antes que dichosa. ¡Dichosa! No hay ventura posible en la tierra, si la conciencia no la sanciona; el niño lo comprende ya instintivamente; y cuando el egoismo ahoga esta voz en su alma, si una educacion sólida y moral no remedia ese daño, culpa y desprecia tambien instintivamente á los que le han pervertido con una ternura mal entendida.

En el teatro, y en muchos libros, el matrimonio es el desenlace de la vida de la mujer: pero en la vida real es el principio.

La pobre víctima de que voy hablando, habia salido de un convento á los diez y seis años, *rica* de ignorancia, para casarse con un oficial. En un principio el aturdimiento, la inocencia y hasta los caprichos de la niña, hicieron gracia al hombre de mundo; pero cuando las almas no se comprenden, la juventud y la hermosura son como un cuadro bonito, que atrae un momento la mirada y la cansa luego; y el amor es enojoso cuando no es mútuo. De aquí la discor-

dia, de aquí el alejamiento del marido; pero la pobre jóven no quedaba sola; tenia una hija; á ella, que no sabia aún hablar, le contaba sus cuitas, y muchas veces las olvidaba, sintiendo en su rostro las manecitas de aquella inocente que sonreia al oirla.

Murió el oficial dejándolas en la miseria. Ya sabemos que todos los dolores habian sido para la madre, todas las alegrías para la hija; pero esta no estaba contenta, porque el egoismo es una sed insaciable del sacrificio ajeno.

Aquella pobre viuda, envejecida mas por la desgracia que por los años, no tenia ya en el mundo otra alegría ni otra esperanza que su hija. Un dia salió esta de casa engalanada y risueña; pocos momentos despues salió su madre, mal cubierta con un pobre vestido y un manto viejo: iba á pedir una limosna para comer al dia siguiente, porque su trabajo no daba apenas para el alquiler de la casa. Habia andado dos ó tres calles suponiendo que su hija estaría ya lejos de allí, cuando en una de ellas la distingue parada hablando con unas amigas: su primer impulso fué retroceder por no avergonzarla con su aspecto miserable, pero ella le evitó ese trabajo pasando á su lado con altanería y aparentando no conocerla.

.....

.....

Cuando volvió la hija á su habitacion, la pobre mártir estaba con fiebre en cama, y una vecina habia ido á la *casa de socorro* á avisar al médico. ¡Dichosa, si hubiera muerto en aquellos momentos sin sufrir todos los fatales resultados de una debilidad, que provenia de un corazon gobernado por el instinto y no por la razon y la experiencia.

II.

Como contraste con la anterior historia voy á contar una anécdota, tan sencilla, que á muchos parecerá desprovista de interés: pero las personas reflexivas verán en ella los elementos de una educacion razonada, y en la que la cabeza de la madre toma tanta parte como el corazon.

Sabido es que á fines de setiembre, no solo en el paseo de Atocha, sino en la mayor parte de las calles de Madrid se ven tan hermosos juguetes, que son una tentacion continúa para los niños, y un gran peligro para el bolsillo de los papás.

El año pasado una amiga mia le prometió á su hijo, gracioso é inteligente niño de cuatro años, llevarle una noche á ver todas las tiendas con tal que no pidiese ningun juguete. El niño se puso muy contento, y le preguntó si no tenia dinero para comprarle algo. La

mamá le contestó, que el que tenían le necesitaban para comer, y que aun cuando les sobraran algunos reales, no debían de malgastarlos, porque había muchos pobres que tenían hambre. Salieron por la noche como habían pensado, y el niño se estasiaba delante de cada escaparate, y á la mamá creo yo que le pasarían muy buenas ganas de comprarle alguna monada; pero se contuvo y el niño también; solo á la vuelta y delante de uno de los últimos comercios que vieron, le preguntó este: Si para Navidad tendría bastante dinero para comprarle un juguete de los mas baratos y chiquitos. La mamá se lo prometió, y los dos volvieron á su casa contentos de su proceder. Porque los niños tienen también conciencia de lo que hacen, y saben cuándo obran bien.

Pensarán, sin duda, algunas personas, que el proceder de mi amiga con su hijo era demasiado severo, pues con solo gastar un real ó dos podía dejarle satisfecho. Primeramente el niño no sufría, porque sabía por experiencia, desde cuando era tan chiquito que no podía aún espresar con la voz sus deseos, que estos pocas veces se pueden cumplir, y que no le servía de nada el exasperarse ni llorar para conseguirlos. ¡Dichoso él si, como esta vez, se contenta siempre con una modesta esperanza, de un pequeño bien legítimamente logrado! La vida del niño es la fotografía de la vida del hombre. El retrato se amplía con la edad, tiene mayor tamaño, mas luz, mas sombra; pero la forma es la misma.

Aparte de estos dos ejemplos, mas frecuente, por desgracia, el primero que el segundo, busquemos al azar dos personas, ni muy buenas ni muy malas, como es la mayoría de la gente, una educada y otra no, y contemos delante de ellas un hecho triste, una desgracia que puedan remediar en parte, y veremos que la simpatía de la persona vulgar hácia los desgraciados, es mas espontánea que la de la otra; pero si no se aprovecha con oportunidad el primer movimiento de compasion, borrado este empezará á discurrir á su modo, y os dará para disculpar su indiferencia razones muy egoistas y muy sesudas, por el estilo de las de Sancho Panza. Esto es lo que se llama corazon. La persona educada, la cabeza, digámoslo así, piensa que socorriendo á los infelices cumple con el primer precepto del Evangelio, que da un buen ejemplo á su familia, y que el beneficio redundará siempre no solo en provecho del que le recibe, sino del que le hace, porque le perfecciona. Si el pensar así es egoismo, ¡santo y útil egoismo!

Como en la vida física no puede el individuo vivir solo con corazon ó cabeza, así en la moral estos dos órganos no solo no se excluyen, sino que será mas perfecto aquel que logre armonizarlos mejor,

para lo cual es precisa una educacion continúa, sólida y moral, puesto que la cabeza es respecto al corazon, como el timon que dirige la nave por el Océano de la vida; y esto para las mujeres lo mismo que para los hombres.

Emilia Mijares de Real.

CUADROS DE LA GUERRA.

XVI.

Hay una desventurada víctima de la guerra que no inspira interés ni da compasion; nadie para ella pide ni proporciona socorros; cuando cae ninguno se apresura á levantarla; y por delante de su cama pasan sin detenerse los que visitan el hospital y los que van á distribuir donativos. Es notable la espresion de los oficiales ó jefes militares cuando se dirigen á su cama y se apartan sin llegar, al saber que *no es herido*.

Esta pobre y no compadecida víctima es el *soldado enfermo*.

Convendria que en los futuros congresos internacionales de *La Cruz Roja*, la asociacion *para socorro de los militares heridos*, añadiese: *Y ENFERMOS en campaña*. Bien sabemos que la bandera neutral ha protegido á unos y otros; bien sabemos que se han equiparado en muchas partes enfermos y heridos; pero tambien nos consta la especie de desvío con que en otras se mira á los primeros, y el error de muchas personas que no se creen autorizadas para aplicar á los *enfermos en campaña* los donativos hechos para los *heridos*; á los argumentos que se les hacen, contestan con la *letra* del nombre de la asociacion, que en este caso mata seguramente al *espíritu*.

Hay que rectificar la opinion y formular con claridad los preceptos de la justicia, á quien se hace grave ofensa, prefiriendo un herido, que se curará, que recibirá una recompensa, á un pobre tísico, por ejemplo, que ha enfermado porque, jóven y endeble, no pudo resistir las fatigas de la campaña, y despues de una largaagonía, muere sin recibir recompensa ni inspirar compasion.

Del error ó de la pasion es hija la injusticia, y esta de que vamos hablando, nos parece que tiene su origen en dos ideas equivocadas,

Primera, que los militares enfermos en tiempo de guerra, lo estarían lo mismo si hubiera paz, ó en sus casas.

Segunda, que los heridos son los mas valientes.

La verdad es que, el estar herido, solo por excepcion es prueba

de ser mas valiente que otro que no lo esté; y basta consultar una estadística cualquiera, y comparar los militares enfermos y muertos de enfermedad en tiempo de paz y de guerra, para comprender que víctimas de ella son la mayor parte de los que de enfermedad sucumben; añádase que, en toda lucha que se prolonga, si no hay grandes medios, mucha inteligencia é incansable solicitud para preservar á los militares en campaña de caer enfermos y cuidarlos despues que han caido, las enfermedades hacen mas víctimas que las balas.

Ved aquel soldado: el misero está por tierra, y tan pálido y demacrado, que parece muerto. Acercándose, se ve que aún respira, que aún tiene algun movimiento, que aún dice algunas palabras con voz cavernosa: iba á la estacion del camino de hierro, no pudo llegar, le faltó fuerza, y cayó.

Es un jóven imberbe, de complexion delicada y mala contextura; de esos que conocidamente no pueden resistir las fatigas de la campaña sin enfermar del pecho: está tísico; y con decir que lleva *cuatro* meses de licencia, y saber lo que pasa en esto de las licencias para los enfermos, se comprende que no tiene remedio. Lo que no se comprende, es que se le abandone en aquel estado, y que se le deje ir solo para que caiga y sin auxilio sucumba.

Abandonado está, por mas que no se comprenda: solo, exánime, al parecer moribundo. Y esto no sucede en algun apartado rincon, donde faltan recursos é ideas de justicia y sentimientos de humanidad, no; es en Madrid, en la capital de la monarquía, donde se deja al infeliz, cuyo estado y cuyo uniforme son un dolor y una vergüenza.

Una pareja de órden público, creyéndole muerto, se acerca á él, ve con sorpresa que vive, tal es su aspecto, y le levanta y le sostiene. Por las palabras que con dificultad pronuncia, se sabe que es de Lugo, que quiere volverse á su país, y lleva cuatro meses de licencia. Los agentes se mueven á compasion, le sientan en un banco, van á sacarle el medio billete, y se le traen. El infeliz busca en su bolsillo con qué pagarle, y no halla mas que algunas monedas de cobre, que apenas llegan á una peseta. Hay que volver, pues, el billete al despacho. ¡Cómo pintar su angustia y desconsuelo! Él queria irse, irse á toda costa de esta tierra seca á sus verdes colinas, de estas llanuras abrasadas á sus frescas montañas; de este hospital, donde es el número tantos, á su pueblo, donde los vecinos le llaman Vicente, y donde su madre le llama ¡hijo!..... Quería irse desde que cayó enfermo: entonces tal vez se hubiera salvado; irse ha sido el sueño de su larga enfermedad; irse la única idea que le halagaba;

irse la única esperanza que le sostenia; irse el impulso que le dió fuerza para llegar hasta allí. Y ahora que está en la estacion, que oye silbar la máquina que podia llevarle á su tierra querida, verá partir el tren, y á él le volverán á ese hospital, donde morirá desesperado. La ley le pagó el viaje cuando sano le sacó de su casa; ahora le permite volver á ella moribundo: nada le da para que vuelva. ¡Qué ley y qué hombres los que la hacen y los que la toleran!

Si yo fuera un gran pintor, lanzaria á esta ley el anatema de mi génio, pintando aquel cuadro del cobertizo de la estacion. Algunos viajeros, pocos todavía, de prisa cruzando acá y allá; el agente de órden público volviendo el medio billete al despacho, y el soldado enfermo mirándole con una espresion de dolor angustioso, tan difícil de pintar como de mirar sin lágrimas.

¡No te aflijas, víctima oscura y abandonada de la guerra! En esa patria, injusta contigo, no se han estinguido los sentimientos de piedad; consuélate: mira pintada la compasion en el rostro de los hombres y las lágrimas asomar á los ojos de las mujeres: no volverá el billete al despacho ni tú al hospital; no te quedarás cuando el tren parta: irás á tu tierra y verás á tu madre.

Las personas, no eran muchas, que se hicieron cargo de la pena de aquel infeliz, acudieron á remediarla; formóse en su rededor un grupo de compasivos. Todos echaron mano al bolsillo: ninguno sacó cobre; pronto hubo para pagar el billete, y un sobrante de monedas de plata que no podia contener en una mano el enfermo, que esclamaba lleno de asombro: *¿Qué voy á hacer yo de tanto dinero?*

¡Bendito sea ese puñado de plata que has reunido para consuelo tuyo y honor de la humanidad!

.....

 Se acerca la hora de salir el tren: llevan al pobre enfermo al coche; un oficial le coloca lo mejor posible, y se lo recomienda á varios soldados que han de ser sus compañeros de viaje. Nadie cree que pueda hacerle: todos temen que muera antes de andar muchos kilómetros. Al llegar al Escorial, uno de sus bienhechores se apea, le busca, teme hallarle muerto, y con gran sorpresa suya le ve mas animado, y dispuesto á tomar una copa de leche y unos mantecados que le ofrece. Parecian haberle vuelto á la vida el aire puro del campo, la idea de volver á su país natal, y tal vez la cariñosa solicitud de que habia sido objeto: debe ser dulce de respirar una atmósfera de amor, para el que ha sufrido mucho tiempo en medio de la indiferencia.

El tren parte, el viajero compasivo se queda, saluda cariñosamente al enfermo, deseando que llegue á su casa con vida, y pensando ¡cómo se quedará su pobre madre al verle llegar!

Concepcion Arenal.

ULTIMO CENTIMO Y ULTIMO TRAPO.

Las palabras con que encabezamos estas líneas, se pronunciaron al clavar el cajon que, con 41 camisas y todos los vendajes, hilas y compresas que pudimos reunir, remitió LA VOZ DE LA CARIDAD hace algunos dias á Miranda de Ebro, cuyo hospital, lleno de heridos, apenas dispone de mas efectos sanitarios que los que le hemos enviado. Ya no tenemos qué darles, sino las lágrimas que nos arranca su desventura y nuestra impotencia. Por el amor de Dios y de ellos, que los que puedan, no dejen de auxiliarlos con una bendita limosna.

Concepcion Arenal.

MAXIMA.

No hay mayor ni mejor bolsa que la caridad, cuyas liberales manos jamás están pobres; y así, no estoy bien con aquel refran que dice: *mas da el duro que el desnudo*; como si el duro y el avaro diesen algo, como lo da el liberal desnudo, que, en efecto, da el buen deseo, cuando mas no tiene.

(Cervantes.)
